

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 1

La Misión de la Iglesia



Tema 1

LA TRINIDAD, FUENTE
Y META DE LA MISIÓN

PRESENTACIÓN

La Trinidad constituye el misterio central de la fe cristiana. Los cristianos no creemos simplemente en Dios (al modo como habla la filosofía o la mayoría de las religiones), sino en un *Dios que es Padre, Hijo y Espíritu*. Por eso la invocación a la Trinidad en la vida de la Iglesia y de los cristianos no sólo es constante sino fundamental. Cualquier celebración litúrgica es iniciada, acompañada y concluida con una referencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. A ellos se dirige de modo permanente la oración de alabanza, petición y gratitud de los cristianos. Más aún, la religiosidad popular está permanentemente enriquecida por expresiones y signos referidos a la Trinidad.

Sin embargo es muy frecuente que para muchos creyentes este misterio no sea más que una expresión vacía o una fórmula irrelevante para la vida y la espiritualidad. La complejidad del misterio y la repetición inconsciente de estas referencias trinitarias están llevando a una escasa valoración y estimación de lo que es y significa la Trinidad en la vida de fe.

Por ello hay que redescubrir el lugar y la nuclearidad de la confesión de fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu para que la fe se fundamente no en “tierra movediza”, sino en la solidez de Dios que se nos ha revelado en Cristo. Sólo se es auténticamente cristiano (y no meramente hombre religioso) cuando se confiesa que Dios es Padre, Hijo y Espíritu y se da el paso a la adhesión a Dios.

Estas afirmaciones adquieren todo su valor en el campo de la misión de la Iglesia y de los cristianos. La Trinidad no es una expresión teórica, sino que encierra enormes consecuencias también en la práctica, pues determina de un modo absoluto lo que es la misión cristiana, sus objetivos y métodos, y asimismo el compromiso que cada creyente debe asumir en el cumplimiento de esa misión.

El primer tema tiene por objeto llegar a descubrir –incluso comprender– que la misión universal de la Iglesia viene exigida por el Dios Trinidad: es precisamente porque Dios es Trinidad de Personas por lo que deriva de Él un dinamismo de comunicación, de apertura, de generosidad, de servicio, de solidaridad, de acogida, de fraternidad, que es la motivación, el aliento y la meta de la misión universal de la Iglesia. Además, la Trinidad no sólo es fuente primordial de la misión, sino que constituye su fundamento o coronación. Así se lee en el decreto *Ad gentes*: “De esta manera, la Iglesia ora y trabaja al mismo tiempo para que la totalidad del mundo se transforme en Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu y para que en Cristo, Cabeza de todos, se dé todo honor y toda gloria al Creador y Padre de todos” (AG 17). Y confirma *Redemptoris missio*: “El fin último de la misión es hacer partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo, comunión operada por el Espíritu Santo” (RM 23).

La consecuencia a la que se quiere llegar con el desarrollo de este tema es que los misioneros y misioneras, y, con ellos, todos aquellos que se comprometen en la misión *ad gentes*, tratan de vivir su vocación como una respuesta de fidelidad al Padre, al Hijo y al Espíritu.

Desde la realidad

1. ¿Qué idea tiene la gente de Dios? ¿Y los cristianos de la Trinidad?
2. ¿Alguna vez habías pensado que la misión de la Iglesia tiene su origen y término en la Trinidad?
3. Aporta algunas diferencias entre la vocación que tiene su origen en Dios y la vocación profesional.

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. La acción de la Trinidad en la historia de los hombres

La fe cristiana no habla del ser trinitario de Dios por mera curiosidad intelectual o por ampliar nuestros conocimientos acerca de la divinidad. Confiesa y alaba a la Trinidad porque ha actuado en la historia de la Salvación como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo. Dios se ha revelado de este modo en nuestra experiencia, y por ello decimos que es Padre, Hijo y Espíritu en sí mismo.

El credo o símbolo de la fe resume la historia de esta actuación de Dios: proclamamos la fe *en Dios Padre*, que creó el mundo y a la familia humana; *en el Hijo*, que se encarnó para redimir a los hombres, que murió por nosotros y resucitó en la gloria del Padre; y *en el Espíritu Santo*, que alienta y santifica, haciéndose presente en la Iglesia y en el mundo.

La figura y la misión de Jesús muestran también con claridad esta perspectiva trinitaria: Él se presenta como el Hijo que ha sido enviado por el Padre y que se dirige a Él con una relación de especial intimidad (“abbá”: papáito); y, al mismo tiempo, está vinculado al Espíritu, que es el que viene sobre María en el momento de la encarnación, el que le unge en el bautismo en el Jordán, el que sostiene todo su ministerio público, el poder con el que el Padre le resucita.

Sin comprender este protagonismo del Padre, del Hijo y del Espíritu sería imposible comprender a su vez la fe cristiana y el sentido de la misión universal que deben realizar quienes han encontrado al Dios Trinidad.

II. El Dios Trinidad no es un Dios solitario sino comunión de vida

En la historia de la Salvación, Dios Padre, Hijo y Espíritu actúan en unidad y con relaciones de intimidad insuperable. Ninguno puede actuar de modo independiente y aislado. Esto empuja a mirar más profundamente a su ser más íntimo y a afirmar que son *un solo Dios* (unidad de esencia) *en tres Personas* distintas. A esta formulación llegaron la teología y el dogma para evitar una falsa comprensión de Jesús, el Hijo, y del Espíritu Santo: simplemente criaturas que comenzaron a existir en el tiempo, como el resto de los seres humanos. La fe cristiana proclama que Hijo y Espíritu son eternos, como el Padre, porque son Dios.

Esta reflexión que realizó la Iglesia a lo largo de varios siglos, siempre a la luz de lo que narra el Nuevo Testamento, permite penetrar en el misterio profundo de Dios. Así se puede descubrir el rostro peculiar de Dios. Esto es posible gracias a la revelación de Jesucristo: sólo el Hijo estaba en la intimidad de Dios y él nos ha contado cómo es (cf. Jn 1,18).

El Dios revelado por Cristo no es un Dios solitario sino que es *comunión de vida y de amor*, esto es, plenitud y felicidad. Las Personas divinas viven cada una

gracias a las otras y existen para ellas, en plena generosidad de apertura y de acogida: el Padre se comunica y regala y así surge el Hijo, imagen e irradiación del Padre; el Hijo es la recepción y la acogida de la donación del Padre; el Espíritu es el gozo y el júbilo

de esa comunicación y de esa acogida. De ahí que la palabra que mejor caracteriza al Dios trino es *don*: el regalo que se ofrece y se entrega para la felicidad del otro, para que el otro viva y sea feliz porque es amado, reconocido y aceptado.

III. De la comunión de la Trinidad santa a la misión universal

Si la Trinidad es la comunicación recíproca de Padre, Hijo y Espíritu, y si ello lo hemos descubier- to a partir de la historia de la Revelación y de la Sal- vación, podemos comprender que la misión cristiana procede de la Trinidad. Ésta no puede ser más que universal, con una apertura que excluya todo tipo de barreras y de fronteras. La comunión trinitaria es el manantial y el contenido de la misión cristiana.

Dios es comunión y comunicación, la plenitud del amor que se regala y se comparte. Ese dinamismo no se cierra o se clausura en Dios mismo. Se abre también a las criaturas, a los seres humanos. Éstos no han sido llamados a la existencia por azar o por casualidad, sino por el Dios creador que pretende seguir comunicando su plenitud y su felicidad también a los seres humanos. Son creados a imagen y semejanza de Dios, para que puedan entablar un diálogo personal, para que puedan participar de la misma comunión, para que sean capaces de vivir como una familia for-

mando un único hogar (tal como se muestra en el relato del paraíso). Ese amor de Dios que se abre para acoger a las criaturas tiene por otra parte un horizonte ilimitado: abarca tanto los cielos y la tierra (el escenario de la vida humana), como las relaciones entre los pueblos y la integridad de cada persona humana.

La humanidad, sin embargo, vive en el exilio, peregrinando fuera del paraíso. El pecado original ha roto la integridad del ser humano, la fraternidad entre los pueblos, la armonía de la creación. El dolor y el sufrimiento, las guerras y enfrentamientos, en definitiva la infelicidad de los hombres, no dejan insensible a Dios, porque se mantiene fiel al designio de regalar la plenitud de su comunión a todas las criaturas.

El designio universal de Dios desde la creación no queda anulado a causa del pecado, sino ratificado porque el amor de Dios es más grande. Y se reafirma en toda su amplitud: debe ser superado todo aquello que anula o bloquea el designio salvífico de Dios.

Dentro de este horizonte y de esta lógica hay que situar el origen y la meta de la misión. Para llevar adelante el designio de Dios se requieren intermedios, colaboradores, protagonistas, responsables. La conciencia de misión nace cuando alguien recibe la interpelación de Dios: se descubrirá siempre como enviado para una tarea concreta que Dios le encarga. Esta tarea concreta se realiza siempre en un horizonte universal, en extensión y en intensidad: que la comunión trinitaria sea participada por todos los hombres y se pueda experimentar entonces la gloria de la creación y la plenitud de la existencia humana.



IV. El Padre, origen radical de la misión

El decreto *Ad gentes* describe cómo la Iglesia es misionera por naturaleza debido a que es llamada a participar en las misiones del Hijo y del Espíritu en virtud del proyecto salvífico que procede del Padre:

“La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre.

”Este designio dimana del ‘amor fontal’ o caridad de Dios Padre que, siendo principio sin principio del que es engendrado el Hijo y del que procede el Espíritu Santo, creándonos libremente por su benignidad excesiva y misericordiosa y llamándonos además por pura gracia a participar con El en la vida y la gloria, difundió con liberalidad y no deja de difundir la bondad divina, de modo que el que es Creador de todas las cosas se hace por fin todo en todas las cosas (1 Co 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (AG 2).

Este texto del Vaticano II sintetiza lo que se ha venido diciendo, destacando sobre todo que el Padre es el *amor fontal*, es decir, la fuente o el manantial de todo amor y de toda generosidad. El Padre es por ello el origen de toda misión, que tiene como objetivo y finalidad comunicar ese amor inagotable a todo lo que existe.

Los primeros enviados (por ello, los primeros misioneros) son el Hijo y el Espíritu, pues son los que se manifiestan activamente en la historia para vencer el pecado, restaurar la imagen de Dios en el hombre y devolver la armonía a la creación. San Pablo expresa bellamente este envío y su sentido: *“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y, puesto que sois hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita ¡Abbá!, ¡Padre!” (Ga 4,4-6).*

Toda misión procede del amor del Padre. Para que esa paternidad de Dios sea vivida de modo concreto y vital, la acción misionera debe contribuir a crear la plenitud de vida y la intimidad que el Padre quiere regalar a todos y cada uno de sus hijos. La gloria del



Padre se hace manifiesta cuando cada hombre puede dirigirse a él llamándole “papá” y cuando cada uno participa intensamente de la hermosura que Dios mostró la mañana de la creación. Por eso los pobres y los enfermos, los marginados y excluidos, los incrédulos e indiferentes, los agobiados y desesperados, los que lloran y los que tienen hambre, los que no han tenido una experiencia personal de Dios o se han alejado de él, los que no son reconocidos como personas a causa de su decrepitud o de su incapacidad... son los destinatarios privilegiados de esa misión que procede del Padre. Cualquier exclusión o barrera se opone a la voluntad originaria del Padre, que aspira a reunir a todos sus hijos en el mismo hogar, ya que constituyen una única familia.

Para la reflexión personal

La vida cotidiana gira en torno a la Trinidad. En su nombre se inicia la celebración de los sacramentos y a ella acudimos en la oración personal:

- 1 Piensa en qué momento y de qué manera los cristianos adoran a la Trinidad y cómo lo haces tú.
- 2 La manifestación de Dios Trinidad a la humanidad comporta una respuesta de cada persona con actitudes de escucha, adoración, disponibilidad y compromiso misionero. ¿Qué supone esto para tu vida? ¿Y para los miembros de tu comunidad?

Para el trabajo en grupos

- 1 Comentad en qué medida y en qué momentos se perciben en vuestro ambiente eclesial las referencias a la Trinidad. Señalad las lagunas o vacíos que se puedan constatar.
- 2 San Pablo cierra la segunda carta a los Corintios con una expresión que (normalmente) es el saludo con el que se inicia la celebración de la Eucaristía: *“La gracia del Señor Jesucristo y la caridad de Dios Padre y la comunicación del Espíritu Santo estén con vosotros”* (2 Co 13,13). Comentad el sentido que puede tener el hecho de comenzar la celebración eucarística con este saludo y este deseo.
- 3 El capítulo 12 de la primera carta a los Corintios enumera la diversidad de dones y carismas que el Dios Trinidad, por medio del Espíritu, comunica a los creyentes. Estos carismas son expresión de la comunicación divina y tienen como objetivo la edificación de la comunidad eclesial para que ésta puede realizar su misión evangelizadora.

Enumerad los dones que actualmente veis presentes en las comunidades eclesiales y en qué medida contribuyen a una más dinámica y eficaz tarea evangelizadora.

- 4 Valorad en qué medida se hace real la comunión trinitaria en la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, en las obras caritativas y asistenciales, en el anuncio del Evangelio y en la catequesis, en la denuncia de las injusticias, en la creación de comunidades que sepan vencer las fronteras o las exclusiones raciales... por parte de los misioneros.

TESTIMONIO



LIBERADOS DEL MIEDO

Hace algunos días me acerqué con el catequista a una de las comunidades que atiende la parroquia. En el borde mismo del pedregoso sendero por el que íbamos con nuestras motos, vimos un baobab de unos dos metros de diámetro que estaba casi cortado.

Quien lo había hecho ya se había ido de allí y el gran árbol parecía sostenerse de puro milagro. El sendero transitaba justamente bajo sus ramas, por lo que, al llegar a su altura aceleramos para estar el mínimo tiempo posible bajo “sus garras”.

De regreso descubrimos el baobab tumbado sobre el sendero, cortándonos el camino. A los pies del “difunto”, yo no entendía esa barbaridad ecológica: un árbol de más de 200 años reducido a madera. ¿Para qué? El catequista después me explicó que no lo habían cortado por la madera, de hecho ni la tocarían, ni por sus hojas –las utilizan para hacer una de sus salsas– que los del pueblo nunca comerían. Se tomaron la molestia de abatir un árbol bicentenario con un hacha rudimentaria, jugándose el tipo, porque una mujer había soñado que el árbol, con sus ramas, cogía a los hombres y los zarandeaba. El árbol estaba embrujado y había que derribarlo.

Seguí el camino de vuelta a casa pensando en nuestra misión de ser transmisores de la Buena Noticia. El creer en un Dios, que es Padre y que nos ama, como nos muestra su hijo Jesucristo, nos libera de muchos miedos que nos esclavizan y nos empujan a hacer cosas que van contra el hombre y la creación. Ser cristiano es creer en la dignidad del hombre porque somos hijos de Dios. Nosotros tenemos la suerte de saberlo y no podemos menos de comunicarlo.

JOSÉ ANTONIO ARROYO

Misionero del IEME en Togo

ORACIÓN

La oración cristiana ha de ser siempre trinitaria, dirigida por ello al Padre bajo el aliento del Espíritu. A su vez, debe ser una respuesta a la iniciativa salvífica previa del Dios trinitario, y por ello ha de brotar como himno de alabanza y de acción de gracias. La oración trinitaria y agradecida conduce al creyente a adquirir la mirada amplia y universal que brota del amor fontal del Padre. Este tipo de oración se encuentra magistralmente en algunos pasajes del Nuevo Testamento, como podemos constatar en el himno de Ef 1,3-14.

*Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo,
que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos;
porque en Él nos eligió antes de la constitución del mundo,
para que fuésemos santos e inmaculados ante Él por el amor;
y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo,
conforme al beneplácito de su voluntad,
para la alabanza del esplendor de su gracia,
que nos otorgó gratuitamente en el Amado.
En Él tenemos la redención por su sangre,
la remisión de los pecados,
según la riqueza de su gracia
que superabundantemente derramó sobre nosotros
en toda sabiduría y prudencia,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad,
conforme a su beneplácito que se propuso en Él,
para realizarlo al cumplirse los tiempos:
recapitular todas las cosas en Cristo,
las del cielo y las de la tierra.
En Él, en quien hemos sido declarados herederos, predestinados
según el propósito de aquel que hace todas las cosas conforme
al consejo de su voluntad,
a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria.
En Él también vosotros, que escucháis la palabra de la verdad,
el Evangelio de nuestra salvación, en el que habéis creído,
fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,
que es prenda de nuestra heredad con vistas al rescate de su patrimonio,
para alabanza de su gloria.*